

El grupo en Schoenstatt

El grupo schoenstattiano no es una academia intelectual ni simplemente un grupo de amigos: es un taller de educación de la personalidad, donde formamos en nosotros al Hombre Nuevo. Queremos formar una comunidad donde verdaderamente crezcamos. Así queremos construir una comunidad de gracia, de vida e ideales que obre como levadura en su ambiente.

El grupo schoenstattiano constituye una estrecha comunidad de hermanos. Quiere vencer el tipo de sociedad que reina hoy día y que se caracteriza por la indiferencia y aislamiento entre los hombres. Su meta es lograr una profunda unidad de corazones, cuya alma es el afecto cálido y auténtico del uno por el otro, la fidelidad que va más allá de los intereses mezquinos y de las apariencias.

El grupo es una célula de la nueva sociedad, fundada sobre personalidades capaces de amar, que han aprendido a abrirse el uno al otro en el respeto y el servicio, que han hecho suya la “ley de Cristo” (“Amense los unos a los otros como yo los he amado”), y que se reúnen en torno a una misma Madre común.

No se trata de una fraternidad puramente espiritual. Se trata de una unión natural, profundamente humana, donde cada cosa del hermano interesa, donde cada problema suyo importa a los demás. Donde se da la realidad de ser hermanos y por lo tanto responsables el uno por el otro. Donde nadie quedará de lado, cada uno tendrá su lugar, cada uno podrá contar con el otro.

No lograremos esta meta sin que haya esfuerzo de parte nuestra. La nueva patria, la nueva sociedad, la Iglesia renovada que queremos construir no se producen por sí solos o por el mero hecho de reunirse de vez en cuando. Hombres nuevos y nueva comunidad lo seremos sólo en la medida que decidamos cambiar y superar en nosotros al hombre viejo.

El grupo es una comunidad de formación. Allí queremos ayudarnos unos a otros. Allí podemos experimentar el mutuo estímulo que nos hace avanzar y nos mueve a cooperar con la labor educadora de la Mater en nosotros.

Nada verdaderamente valioso nacerá en el grupo sin la entrega y voluntad de autoformarse de cada uno de sus miembros. Formarse a sí mismo, en forma individualista, significa estar condenado al fracaso. Ni siquiera en el plano material nos podemos aislar de la comunidad; mucho menos aún tratándose de la forjación de nuestra personalidad. Nos construimos en comunidad. El grupo nos proporciona la atmósfera adecuada para desplegar nuestras potencialidades, nos requiere y exige.

Y esto que vale en el plano general humano es aún mucho más valedero en el plano sobrenatural: nuestra vivencia de la fe y la educación de nuestra fe es un proceso que sólo se da en el seno de la comunidad de fe. El cristiano separado de la comunidad de fe es como un pez fuera del agua.

Resumiendo: el grupo es una **comunidad de formación**:

Porque en cada uno de nosotros debe llevarse a cabo un proceso de auténtica conversión. Ya Juan Bautista predica la necesidad de convertirse: “Cambien su vida y su corazón, anuncia en el desierto, porque el Reino de los cielos está cerca” (Mt. 3,1). Lo mismo dice el Señor al iniciar su vida pública: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: ‘conviértanse porque el Reino de los cielos está cerca’ (Mt. 4,17). Ser cristiano implica un cambio en nuestra mentalidad y en el estilo de vida. Quizás uno de los mayores escándalos es el de los cristianos que no han cambiado interiormente, a los cuales el agua del bautismo sólo “les resbaló” por la piel pero no penetró el corazón. Así, ciertamente, no podemos dar testimonio ni ser luz para el mundo, porque “un ciego no puede guiar a otro ciego”.

El cambio y la conversión personal se fomenta, acelera y asegura cuando practicamos seriamente la autoformación en el grupo. Solos no tenemos ni la fuerza ni la claridad suficiente para cambiar. Con un grupo que nos ayude, estimule y exija podemos, en cambio, lograr aquello que nos parecía imposible.

El grupo es comunidad de autoformación porque tenemos que despojarnos del hombre viejo y revestirnos del hombre nuevo.

Al hombre viejo lo llevamos metido dentro, nació con el pecado original y se ha alimentado por todas nuestras debilidades personales, ese mismo hombre viejo está siendo alimentado, además, en todo momento, por el ambiente que nos rodea, por lo que vemos y escuchamos, por los criterios y el estilo de vida que reina hoy en todas partes.

Despojarse del hombre viejo requiere un trabajo arduo de autoformación, requiere al mismo tiempo, rodearnos de una comunidad, que nos proporcione el ambiente adecuado donde pueda despertarse y desarrollarse todo lo sano y noble que hay en nosotros, donde “se respire” al hombre nuevo.

Es importante, también, ser como grupo un taller de la formación de la personalidad, un lugar donde se construye de hecho la sociedad nueva del futuro, porque al hombre moderno no lo vamos a convencer con ideas o puras denuncias: si no ve el Evangelio encarnado en personas, no llegará nunca a la fe, ni mantendrá su esperanza en alto. No tiene que decirse de nosotros aquello que un pensador decía de los cristianos:

“¡pobrecitos los redimidos, cómo necesitan de un redentor!”. Urge dar un testimonio de vida, la demagogia no convence ya a nadie. En nuestros grupos queremos cambio real, no demagogia ni charlatanería, queremos cambio, es decir, avanzar.

El ideal que persiguió el Padre Kentenich fue siempre el mismo: la nueva comunidad en base a hombres nuevos impulsados por la fuerza fundamental del amor. El hombre nuevo que él vivió y nos mostró como meta, es el ideal del hombre que encuentra la alegría de vivir en la vinculación profunda y personal al Tú, en la construcción de esta nueva sociedad orgánica, donde los hombres no son más extraños unos a los otros sino donde se tienden la mano como hermano. Donde la consigna es “el uno en el otro, con el otro y para el otro”, donde la ley es la ley de la mutua responsabilidad y de la solidaridad en el espíritu y en los hechos. Una sociedad auténticamente cristiana.

Una unión profunda de hermanos va más allá de un trato amigable o de la simple camaradería. No se trata de ser “íntimos amigos”, como suele decirse, a pesar de que la relación personal no pasa más allá de ser una pura amistad superficial. Se trata de recibir a los demás en el corazón, recibiendo a cada uno tal como él es, asumiendo su historia y su persona, acogiéndolo, con sus cualidades y sus defectos, uniéndose a él de tal modo que uno se hace responsable de él en forma personal y permanente. Esto es lo que crea la conciencia de la mutua pertenencia.

La mutua pertenencia es ese sentimiento incomparable por el cual cada uno sabe que cuenta con el hermano, que se puede confiar en él y que él confía en uno.